

LA INMORTALIDAD DE MAQUIAVELO

FLORENCIA ANTE LA INVASIÓN FRANCESA

Florencia era presa a fines de 1494 de una honda conmoción pública. El ejército francés al mando del rey Carlos VIII en persona se había apoderado ya de las fortalezas de Sarzana, Pietra Santa y Sarzanello, y se hallaba a las puertas de la ciudad maravillosa. La agitación aumentaba momento por momento. De todos los barrios acudía la multitud bulliciosa a la Piazza della Signoria o a las puertas del Palazzo Mediceo de la Via Larga. Del barrio de Santo Spirito, entre Santa Felicità y el Ponte Vecchio, partieron hacia el centro de la ciudad dos hombres jóvenes atraídos por el bullicio. El primero, que habitaba allí con sus padres en la casa de sus

antepasados, tenía veinticinco años, era de estatura mediana, y en su cara totalmente afeitada se dibujaba una boca maliciosa, y brillaban un par de ojos llenos de luz, coronados por ancha frente. Se llamaba Niccolò Machiavelli. El otro era su compañero y amigo Marcello Virgilio, que contaba cinco años más de edad (1), y a cuyo lado, en el Studio, que reemplazaba a la Universidad, trasladada a Pisa (2), se inició Maquiavelo en el conocimiento del latín y el griego y en el amor a la antigüedad clásica que sintetiza el alma del Renacimiento. Al llegar al Ponte Vecchio, la multitud les cerró el paso, tan densa era. Pudieron empero llegar hasta la Piazza cambiando rápidas impresiones sobre el suceso trascendental que presenciaban. Ambos sabían que asistían al fin del esplendor de la casa de los Médicis. Fundada la grandeza de Florencia por Cosme de Médicis, el padre de la patria, fué llevada a su grado máximo por su nieto, Lorenzo el Magnífico. Ni uno ni otro quisieron ostentar títulos ni magistraturas. Gobernaron, empero, con mano hábil y fuerte al pueblo de Florencia. El culto de la inteligencia, la admiración por la sabiduría, el amor a la belleza, el contacto con la

(1) Passerini, *Opere di Macchiavelli*, I, XII.

(2) Prezziner, *Storia del pubblico studio*. Firenze, 1812.

civilización grecorromana, apartaron a Florencia de la hosquedad de la Edad media, la hicieron amar la vida y la naturaleza, y aquellos resplandores gloriosos que la destacaron en esos días como la primera ciudad del mundo conocido fueron tan intensos que brillan todavía a través del tiempo y de la historia. Pedro de Médicis, hijo del Magnífico, no supo, o no pudo por la fuerza de las cosas, mantenerse a la altura de sus antecesores. Ante la invasión del rey de Francia, creyó realizar un acto de habilidad diplomática saliéndole al encuentro, aunque no por cierto en son de guerra. Y el rey de Francia le impuso la firma de un tratado que importaba un baldón para Florencia la gloriosa. Por eso se agitaba, aquel atardecer del 9 de noviembre de 1494, el pueblo todo, herido en sus sentimientos más íntimos y sagrados. En vano intentó Pedro ganarse la voluntad popular con dádivas y manifestaciones de afecto. De su palacio de Via Larga, donde ha poco llegara, salió a la calle, montó a caballo y se presentó en la Piazza de la Signoria acompañado de su escolta bien ordenada. La «Signoria» no le permitió la entrada en el palacio sino a condición de que se presentara solo y sin armas. Al mismo tiempo, el pueblo, posesionado del *palazzo* echó a vuelo las campanas llamando a parlamento, al tiempo

que se abrían las ventanas y resonaban gritos fatídicos : « *Popolo e libertà!* » Comenzaron a caer piedras, y piedras. Pedro tuvo que domeñar su orgullo y volviendo grupas se salvó por la « *Porta di S. Gallo* », que guardaba Pedro Orsini al frente de una tropa de infantería (1). Al dejar para siempre la ciudad de sus gloriosos antepasados, Pedro de Médicis debió sentir como una obsesionante maldición en medio de su congoja, aquel resonar de las campanas y aquel grito : « *Popolo e libertà!* », que le lanzaron a la faz sus compatriotas desilusionados para siempre de su gobierno. Y aun, al llegar, en su fuga, a Bologna, con aquel grito resonando en sus oídos, sufrió la nueva afrenta de que Bentivoglio le negara hospitalidad y lo rechazara con desprecio por haber « *perduto uno Stato senza insanguinare una camicia* » (2). Pero era sólo Pedro y no el Estado el que se había perdido. Días después entraba triunfalmente en Florencia Carlos VIII y el gobierno popular que se hallaba al frente de la ciudad sacó fuerzas de flaqueza para salvarla. Ante el propio rey de Francia, Pedro Capponi rompió el tratado que aquél invocaba para im-

(1) Landucci, *Diario fiorentino*, 1494, cit. por Brinton, *The golden age of the Medici*, pág. 272.

(2) Cambi, *Istorie*, cit. por Pierraccini, *La stirpe dei Medici di Cafaggiolo*, pág. 167.

poner su autoridad. Y cuando Carlos amenazó con hacer sonar las trompetas para sostener sus derechos con sus fuerzas, el orgulloso florentino respondió que haría repicar las campanas y que el pueblo impondría los suyos.

De todo ello fué Maquiavelo espectador. En su ánimo, que no estaba libre del arrebato, pero que no era propenso a él, la organización de un gobierno popular produjo la impresión de un acontecimiento lógico y esperado. La invasión francesa, atraída por el profundo error de Ludovico el Moro, que sería una de sus primeras víctimas, la displicencia de Pedro de Médicis ante problemas políticos trascendentales, el influjo indudable de la prédica violenta de Savonarola, y el cansancio que asalta de súbito a los pueblos contra un hombre o un sistema, eran causas más que suficientes para provocar el advenimiento de un nuevo régimen. La mirada escrutadora de Maquiavelo no pudo dejar de percibirlo. Para él aquellos sucesos eran ante todo motivo de meditación. Con ellos formó su experiencia y maduró su juicio, lo que no obstó para que el día en que su espíritu sagaz, como un espejo fiel, reflejó lo que son pueblos y gobernantes, unos y otros se irguieran enfurecidos contra él con la rabia de Caliban al ver reproducida con fidelidad su propia imagen.

Pasó de nuevo aquella noche el Ponte Vecchio para ir a descansar, el joven florentino, después de tantas emociones y sensaciones sufridas. Al alejarse del lugar de los sucesos insignes, al pasar frente «*degli Uffizi*», ciertamente no pensó que en breve plazo ocuparían él y su amigo Marcello Virgilio, cargos importantes en el gobierno de la república, y menos por cierto que un día se ostentaría a su frente su estatua, como perenne homenaje de la gratitud y la admiración de su pueblo. Y si acaso llegó a imaginarlo, nada pudo halagarlo más que tal pensamiento, por cierto, pues como buen admirador del pueblo romano, seguramente deseó la fama póstuma, ya que ella es el reconocimiento popular de que se ha servido al bien común.

LAS LEGACIONES DE MAQUIAVELO

Poco tiempo después, en febrero de 1498, Marcello Virgilio era nombrado secretario de la República. Quedó luego vacante una de las dos secretarías de la «*signoría*», y de los cuatro nombres votados obtuvo mayoría Maquavelo, tanto en el consejo de los ochenta como en el consejo mayor. Nombrado el 14 de julio de aquel año, se

le encargó también de la secretaría de los Diez por el término de un año, pero fué periódicamente confirmado en el cargo hasta la caída del gobierno republicano en 1512. Basta consignarlo así para establecer que supo imponerse a los demás por sus condiciones sobresalientes. Pero una rápida evocación de sus actos, podrá corroborarlo fácilmente. Las repúblicas italianas eran Estados aislados, muchas veces enemigos entre sí, y otras unidos por alianzas accidentales. Vivían, pues, en guerras continuas, alimentadas también por la presencia de tropas extranjeras que invadieron el territorio en son de conquista, y por la expansión del poder temporal de la iglesia regida por Alejandro VI, cuyo hijo César Borja, duque de Valentinois, comandaba como «confaloniero» sus ejércitos. Florencia se hallaba entonces en guerra con Pisa, que recibía encubierta pero frecuente ayuda de Venecia. En tales circunstancias, le fué encomendada a Maquiavelo la primera de las «Legaciones», que pusieron de manifiesto su sagacidad e inteligencia para juzgar a los hombres y las cosas del gobierno de los Estados. Interesaba a Florencia la amistad de Forli, ya para obtener de ella recursos de armas y demás elementos de guerra, ya para que no se sumara a sus enemigos. Regía los destinos de ese Estado la condesa de Imola

y Forli, Catalina Sforza, mujer realmente extraordinaria por su entereza, su capacidad de gobernante, su arrojo ante el peligro, su desenvoltura varonil. Madre de Juan de Médicis, quien después se hiciera célebre como Juan «de las Bandas Negras», Catalina Sforza, lo mismo sabía empuñar las armas para defender a su pueblo, que defenderse a sí propia, y tenía ese ingenio tortuoso de los italianos del Renacimiento, que se apreciaba tanto entonces, porque es más útil que el coraje, ante el peligro, que no le faltaba tampoco, ciertamente. Las instrucciones de Maquiavelo le encomendaban procurar la amistad de la condesa siempre que ello no importara desembolsos para Florencia ni sacrificios de otra especie. Maquiavelo solicitó de Catalina Sforza pólvora y otros elementos de guerra, y una «*compagnia de ventura*» que no superase el precio de diez mil ducados, y abundó al sostener sus pretensiones en insinuantes consideraciones sobre la buena amistad de Florencia para con la condesa. La entrevista se realizó por necesidad de las circunstancias, en presencia del agente de Ludovico el Moro, duque de Milán, y tío de Catalina. Ante las palabras de amistad de Maquiavelo, Catalina comenzó por decir que «las palabras de los florentinos le habían agrado siempre, como le habían desagradado siem-

pre sus acciones » (1). Sin embargo, después de discurrir largamente sobre las conveniencias y la amistad recíprocas, se llegó a un acuerdo en términos generales debiendo pagar Florencia por la « *compagnia de ventura* » doce mil ducados. Al día siguiente había de subscribirse tal acuerdo, pero la condesa recibió al florentino, cuando éste se presentó para la firma del convenio, diciéndole « que había pensado durante la noche que más le convenía subscribir los pactos sólo cuando los florentinos se obligasen a defender el Estado; y que si otra cosa le mandó decir el día anterior, ello no debía maravillarlo, porque las cosas cuanto más se discuten mejor se comprenden ». Las apariencias harían creer que Maquiavelo había fracasado y sido juguete de la condesa. No fué así. Su propósito de obtener la amistad de aquel Estado se obtuvo realmente y las negociaciones continuaron en Florencia, en el sentido en que habían sido encaminadas por la sagacidad de Maquiavelo. Esta primera legación muestra cuáles eran los rasgos de carácter que primaban en la época. Catalina Sforza cree engañar con habilidad al diplomático florentino. No lo engaña, empero. Y éste a su vez propone una negociación que no

(1) *Opere*, vol. VI, pág. 7.

tiene mayor interés en llevar a buen término. Busca un fin que logra y que no habría alcanzado si se hubiera limitado a exponerlo llanamente. El italiano del Renacimiento es astuto y sagaz y esas son para él virtudes públicas y privadas superiores, porque tienden al éxito. Lord Macaulay sostiene que el carácter de Otelo, tan generoso, espontáneo y crédulo que no sospecha ni por un momento que es juguete de las intrigas de Yago, todo lo cual le hace ganar la voluntad del auditorio, habría sido menospreciado por los italianos de su tiempo, que habrían visto en cambio en Yago al reflejo de sí mismos, pues persigue una venganza y sabe hallar los medios útiles para alcanzarla. La buena fe de Otelo no le sirvió sino para su perdición. La mala fe de Yago, valía más que el coraje, más que el arrebato espontáneo : le permitía medir las circunstancias y sacar de ellas el provecho buscado (1). Quien no lo entienda así, no podrá comprender aquella época tan diversa a la nuestra, que sucesora de un hermoso romanticismo es por desventura práctica y materialista sin grandeza. Bien la comprendió a aquélla el genio magnífico de Shakespeare, que puso en cada personaje todo el inmenso caudal de su simpatía humana,

(1) Lord Macaulay, *Maquiavelo*, pág. 80.

la que le daba tonalidades para destacar en el cuadro lo mismo el alma de la víctima que la del victimario, sin crear monstruos de bondad ni de maldad : creando simples criaturas humanas, con buenos y con malos instintos, y por ello el cuadro tiene luces y sombras, y en definitiva y por ello mismo, verdad y belleza soberanas.

Para aquellos hombres, la expresión correcta y limpia tenía un valor inestimable. La agudeza en el hablar demostraba ingenio y superioridad, porque tenían el culto de la inteligencia y de las bellas formas. Y en ello fué maestro Maquiavelo. No sin fundamento ha sido llamado el primer prosista italiano (1). Sus *Legaciones* en Francia y en Alemania están llenas de observaciones sutiles sobre el carácter individual y colectivo de las gentes, y su correspondencia con los Diez, al par que los instruía en las miras de los gobiernos rivales o enemigos, los deleitaba por la riqueza de la expresión y la profundidad de las observaciones. Luis XII que había sucedido a Carlos VIII, protegía en cierta forma la expedición de César en la Romagna, pero Maquiavelo trataba de obtener en representación de Florencia que esa protección no alcanzara a permitir

(1) De Sanctis, *Storia de la letteratura italiana*, II, 130.

la extensión del poder de Alejandro VI hasta la Toscana. A ese efecto, conferenció largamente con el cardenal de Rouen, y para convencerlo en favor de Florencia no exaltó la amistad de ella por el rey de Francia. Se limitó a significar y demostrar el interés de Florencia por no enajenarse su voluntad. Desarrolló su argumentación con brillo, pero el cardenal le repuso como él lo consigna en una carta a los Diez que el rey « *aveva gli orechi lunghi ed il creder corto* » (1); es decir, que escuchaba todo, pero creía sólo en lo que tocaba con la mano. Y según Villari (2), en esta Legación ocurrió probablemente el hecho anotado luego en *El príncipe* de que habiéndole dicho el cardenal que los florentinos no entendían de la guerra, Maquiavelo apuntó « que menos entendían en todo caso los franceses de regir el Estado, porque de entenderlo no habrían permitido que la iglesia alcanzara en su desmedro tan grande poder » (3).

En estas « Legaciones » se formó la experiencia política de Maquiavelo. En el contacto constante con los príncipes y demás hombres de gobierno, nació su teoría de la política, nació su concepción absolutamente original de que la po-

(1) *Opere*. Carta del 21 de noviembre de 1500.

(2) Villari, *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi*, II, 330.

(3) *El príncipe*, cap. III.

lítica es una ciencia independiente de la moral, que no responde a preconceptos ni a reglas pre establecidas; que evoluciona empíricamente, que es por lo tanto una ciencia natural y no una ciencia moral. Mucho se ha discurrido y muy erróneamente respecto al juicio que le inspiró César Borja. Se ha llegado a decir que César es su ideal de gobernante, y que el mismo Maquiavelo le sugirió el tortuoso plan de Sinigaglia. Para destruir tales ligeras aseveraciones bastaría con anotar que si en *El príncipe* exalta la sagacidad política de César — por otra parte indiscutible —, en las páginas contemporáneas de su «*Decennale primo*» dice respecto a aquel suceso (1), que los capitanes de César ran como serpientes y aquél como el basilisco que silbando suavemente los atrajo a su cubil para darles la muerte. Cuando se refiere a la elevación al pontificado de Julio II y a las esperanzas de César de que lo mantuviera en su dignidad de confaloniero, comenta :

*E quel duca in altrui trovar credette
Quella pietà che non conobe nai.*

Igualmente, cuando César es hecho prisionero por Gonzalo de Córdoba, dice que le alcanzó el castigo.

(1) *Opere*, V, 351-73.

Che meritava un ribellante a Cristo.

Puestos frente a frente estos textos aparecen contradictorios. ¿Se deberá, acaso, la contradicción a esa incurable insinceridad atribuída a Maquiavelo por tanto espíritu simplista que juzga sólo por las apariencias sin penetrar al fondo de las cosas? No, por cierto. «Al lado del duque de Valentinois surgió en su mente por primera vez y comenzó a formularse bastante claro, el pensamiento que debía llenar su vida toda, de una ciencia del Estado, separada, independiente, de todo concepto moral. En esta separación él creyó ver el único medio para concebir claramente y fundar sobre una nueva base el verdadero arte del gobierno. Se encontró en un estado de ánimo y de persuasión no muy diverso de quien se pusiera por primera vez a investigar las leyes según las cuales se aumenta o se disminuye la riqueza de las naciones, y hubiera examinado el fenómeno económico tanto en el comerciante, en el industrial o en el agricultor que producen, como en el soldado que saquea, o en los bandidos y en los piratas que roban. De esta separación, más o menos abstracta y forzada, de uno sólo de los fenómenos con relación a todos los demás, comenzó en efecto a formarse la ciencia económica y a ello debió su

rápido progreso como también alguno de los errores que más tarde trató ella misma de contregir. Y de una separación no muy diversa partía Maquiavelo cuando comenzó a examinar y a estudiar las acciones del duque de Valentinois : en él la absoluta separación entre la política y la moral no aparecía como una hipótesis o una abstracción, pues era por el contrario un hecho real. Pero Maquiavelo llegaba a formular algunas máximas generales sin elevarse a una concepción teórica de principios, y mucho menos podría concluirse que constituyeran un cuerpo de doctrina. Sus ideas lo llevaban casi involuntariamente, a formar en su mente un personaje ideal, que representaba el hombre político, prudente, hábil, audaz, no contenido por ningún escrúpulo de conciencia, por ninguna autoridad moral, con tal de alcanzar, salvando todos los obstáculos — aun a despecho de la sangre y la traición —, el fin que se había propuesto. En substancia, examinando las acciones del duque de Valentinois había concluído por concebir un duque imaginario, en torno del cual volvió continuamente más tarde. Es la figura que claramente aparece en medio a las consideraciones de los *Discorsi* y de *El príncipe*, como para recordar su origen y para testimoniar de nuevo que el autor ha buscado el fundamento de

su política no para alcanzar el « Sumo Bien », o movido por alguna abstracción metafísica, sino examinando la realidad de la vida. Al mismo impulso obedecía cuando más tarde escribió la *Vita de Castruccio Castracane*; la cual, como todos saben, no es una página de historia, sino una tentativa de extraer de la historia su propio ideal político. Todo esto explica cómo pudo loar tanto y censurar tanto al duque. Las loas son dirigidas generalmente al personaje de su imaginación, los vituperios al de la historia. El uno no es, sin embargo, tan diverso del otro que no ocurra alguna vez que se les confunda, tanto más cuanto que esto le ocurre al autor, transportado por una fantasía que lo domina con tanta mayor fuerza, cuanto más fríamente cree razonar. Realmente no es extraño ver a los hombres más reflexivos y ponderados caer de súbito en poder de su propia imaginación » (1).

Por lo demás, se llega al extremo del ridículo y no se revela sino ignorancia, al sostener como tantos y tantos lo hacen, que es prueba de abyección de carácter el ensalzar la acción política de quienes si realizaron grandes hechos se valieron para ello de medios vedados. El hombre que en el orden privado esté dotado de las

(1) Villari, *op. cit.*, I, 388.

virtudes más excelsas, casi seguramente habrá de despojarse en la acción de muchas de sus condiciones más arraigadas para no esterilizarse. Y quien lance su condenación contra César Borja por «*il divino inganno de Sinigaglia*», no podrá olvidar que el adversario que lo aniquiló fué Julio II, quien al par que ilustró su pontificado con hechos insignes es el mismo que subió a él gracias a los sufragios proporcionados por la influencia política de César, a quien prometió por ello mantenerlo como confaloniero de la iglesia, sostenerlo en el gobierno de la Romagna, y hacer realizar el matrimonio de su hija con el Prefecto de Roma, Francesco della Rovere. Y Julio II no mantuvo ninguna de estas promesas. Lo hubiera hecho quizá, si no hubiera creído que César era un peligro para la iglesia. Julio II no podía admitir que hubiera sobre el alto interés de la iglesia ningún interés superior. Y por eso faltó a lo prometido. Maquiavelo creía por su parte que el Estado debe ser independiente de la moral religiosa y por lo tanto hallarse colocado independientemente de la iglesia y por arriba de ella. Para Maquiavelo, no debía existir más soberanía que la soberanía nacional, a la cual habrían de estar sometidas todas las corporaciones, la Iglesia inclusive. Es en ese sentido un precursor. Y vanos serán to-

dos los dicterios que le lance la incomprendisión o la hipocresía, para negarle este título a nuestra devota admiración.

LA RESTAURACIÓN MEDICEA

La caída de los Médicis fué determinada finalmente, como se ha visto, por la invasión del ejército francés en la península italiana. La restauración de los Médicis reconoce causas muy semejantes. Provienen directamente de las consecuencias primeras de la batalla de Ravena, victoria francesa esterilizada por la muerte de Gastón de Foix, y por último del saqueo de Prato por las fuerzas españolas. Estos sucesos abrieron el camino de la ciudad natal a los miembros de aquella familia fundadora de una civilización, que por largos años habían permanecido en el exilio pero sin abandonar jamás el propósito firme e inquebrantable de volver a la ciudad para ellos perdida. Entre las llamadas repúblicas italianas, Florencia fué una excepción en cuanto a formas políticas en aquella primera época de gobierno de la Casa de los Médicis. Tanto Cosme, « *pater patriae* », como Pedro, su hijo, y Lorenzo el Magnífico, su nieto, habían ejercido una autoridad personal indiscutible, pero sin ostentar título alguno, ni ejercer tam-

co ninguna magistratura. Mientras Nápoles era un reino, Venecia una aristocracia, Roma un dominio del papado, y casi todas las ciudades ducados y condados, Florencia era una república sometida a la acción política de un gran ciudadano. A la muerte de Lorenzo el Magnífico, su hijo no supo mantener esa tradición. Pretendió obrar como un príncipe y lo hizo sin destreza ni fortuna. Como era impopular, cayó del gobierno sin la zozobra de nadie, cuando cometió el último error de intentar con Carlos VIII aquel tratado de paz descabellado contra el cual se alzó el pueblo de Florencia, en un ardoroso arrebato cívico. Se fundó así un verdadero régimen republicano, ya que por él todas las entidades gobernantes tuvieron origen popular, responsabilidad política y término legal de duración en sus respectivas magistraturas. Pero tal organización política no carecía de defectos de fondo como todo gobierno humano. Al frente de la república se colocó un funcionario con el título de confaloniero, con un término de duración de seis meses. Se buscaba así asegurar la mayor libertad democrática y evitar la perpetuación en el gobierno de un hombre o de un grupo de hombres que pudiera llegar a constituir una clase aristocrática. En cambio, la falta de estabilidad en el gobier-

no creó un mecanismo débil, sin cohesión, ni unidad de orientación. El confaloniero Pedro Soderini fué por ello reelecto varias veces, y finalmente se estableció que ejercería el cargo a perpetuidad. Sin que sea dable detenerse a considerar las causas legítimas que provocaron la adopción de medida de tal gravedad, bastaría insistir en los motivos apuntados que la justifican, y recordar los peligros a que estaba abocada Florencia, en circunstancias en que a la par que debía vigilar la política de todas las repúblicas italianas, se hallaban en la península en son de conquista, los ejércitos del emperador y del rey de Francia, tropas españolas y suizas, y por último, soldados en que el papado apoyaba su poder temporal y con los que desarrollaba sus planes militares. En tales circunstancias a un Estado como Florencia le era imposible permanecer ajeno a las querellas guerreras ni dejar de sacar partido entre ellas. Las inclinaciones del confaloniero Soderini en favor de Francia, le permitieron mantenerse en relativa desenvoltura por algunos años, pero cuando cambió la fortuna fué arrastrado necesariamente por los acontecimientos. El hijo de Lorenzo el Magnífico, Juan de Médicis, que luego se ilustraría en alto grado en el solio pontificio con el nombre de León X, y

su sobrino Julio, que también lo ocuparía un día como Clemente VII, asistieron a la batalla de Ravena, y durante el saqueo de Prato contribuyeron no poco a evitar los excesos de la soldadesca. Pedro había muerto con anterioridad en el paso del Garigliano. Los representantes principales de la familia, a quienes se unían los hijos de Pedro — Juliano y Lorenzo —, no habían provocado agravios en Florencia. Al prestigio del triunfo que en aquellos días los tutelaba se sumó el necesario desprecio en que había caído el gobierno de Soderini, que «no supo ser príncipe ni malo ni bueno y creyó siempre que con paciencia, y aprovechando los beneficios del correr del tiempo, superaría todas las dificultades» (1). Y, como consecuencia de todo ello, estalló en Florencia un movimiento que tuvo un desarrollo pacífico y que produjo la expulsión de Soderini y la entrada de los Médicis en septiembre de 1512. La agitación fué creciendo, hasta que finalmente se convocó un «parlamento» que se reunió en la «Piazza della Signoria» el 16 del mismo septiembre. Esta reunión popular resolvió deponer al confaloniero que se había nombrado en reemplazo de Soderini y establecer una Balía de 65 miembros cuya desig-

(1) Filippo de Nerli, *Commentari*, pág. 110.

nación dependía virtualmente del Cardenal. Ninguno de la familia de los Médicis ejercía cargo público, como ocurrió antes de 1494, pero su influencia política fué como entonces decisiva.

Maquiavelo que había conservado su cargo de secretario durante todo el tiempo de la república, fué depuesto por el nuevo gobierno, así como su colega y amigo Buonaccorsi, y confinados ambos por un año fuera del territorio de la república, privándoseles durante el mismo tiempo de poner los pies en el *Palazzo della Signoria*. En cuanto a Marcello Virgilio, no fué objeto de sanción alguna, a pesar de desempeñar el cargo de primer secretario, por ser notorio que no rigió nunca él los asuntos políticos. Es de advertir que la última condena contra Maquiavelo tuvo que ser quebrantada necesariamente, porque a cada paso el nuevo gobierno necesitó consultarle sobre antecedentes y detalles de orden político que sólo él conocía. Poco tiempo después se vió objeto de nuevas calamidades con motivo del proceso formado a dos jóvenes florentinos que se proponían iniciar un movimiento revolucionario contra el nuevo orden de cosas. Uno de ellos, perdió una hoja de papel en que figuraban algunos nombres, escritos por él según declaró, con la sola idea de anotar las personas de algún valimiento que pudieran formar parte de una futura conju-

ración. Entre esos nombres figuraba el de Maquiavelo, ex secretario de la república. Fué detenido, procesado y sometido a la tortura. Nada se probó en su contra. No así respecto a los dos conspiradores, Pedro Pablo Boscoli y Agustín Capponi, que fueron condenados por ello a la última pena. Estuvo rodeado este proceso de circunstancias verdaderamente interesantes, que ponen de manifiesto el carácter del espíritu religioso del Renacimiento. Hay en los hombres de aquella época una confusión real de sentimientos cristianos y paganos, que algunos han interpretado con ligereza como una simulación de cristianismo hecha por la mayoría para medrar o embauchar a los incautos. Esta confusión de sentimientos, que sea dicho sin irreverencia, existía lo mismo en la gente más humilde que en la persona de los pontífices como Alejandro VI, Julio II y León X para no citar sino a los más destacados, es algo consubstancial en el alma colectiva y tuvo su manifestación formal en la academia platónica de Florencia, donde Marsilio Ficino y Pico de la Miràndola, disertaron sobre la posibilidad de hermanar el paganismo y el cristianismo en una sola fórmula de reconciliación y de amor. La crónica de Della Robbia, cuyos originales se hallan en los archivos de Florencia, consignan que cuando se notificó a los

procesados Boscoli y Capponi que habían de ser decapitados, el primero, muy agitado, tomó el Evangelio, lo leyó invocando el espíritu de Savonarola para interpretarlo, y pidió un confesor del convento de San Marcos. A Capponi, que casi censurándolo le decía: — « ¡Oh, Pedro Pablo, tú entonces no mueres contento! » no prestó siquiera atención. No temía la muerte pero creía encontrar fuerzas para morir sólo en el estoicismo y en las reminiscencias de los héroes paganos, que exaltaban las conjuraciones e inspiraban odio a las tiranías: no sentía, pues, la conciencia tranquila. Volviéndose hacia su amigo Della Robbia exclamó en un arrebato: — « ¡Oh, Lucas, arráncame del fondo de mi ser a Bruto el matador de César, para que yo pueda arrepentirme como un buen cristiano! » Y se desesperaba en medio de una angustia atormentada. Llegado el confesor, Della Robbia, que tenía también sus escrúpulos, le salió al encuentro preguntándole en secreto: — « ¿Es verdad que Santo Tomás condena las conjuraciones? » Y ante la respuesta afirmativa del fraile: — « Y bien, decídselo para que no muera en el error. » El confesor, viendo la gran agitación del misero joven trató de darle valor para que afrontase la muerte con ánimo resuelto, pero Boscoli le contestó con vivacidad: — « Padre, no perdáis tiempo, que para

eso me bastan los filósofos. » Cuando fué conducido al lugar del suplicio, el verdugo, con singular y toscana cortesía, le pidió excusas al vendarle y le ofreció rogar a Dios por él. — « Haz tu oficio — le dijo Boscoli —, pero cuando me tengas en el tajo, detente un momento y luego despáchame. Y acepto que ruegues a Dios por mí. » Quería en aquella última hora hacer el último esfuerzo para unirse a Dios. El confesor quedó admirado, y habiendo encontrado en Prato poco después de la ejecución a Della Robbia, fué a su encuentro diciéndole que había llorado ocho días continuamente por el desventurado joven. — « Lo creo — dijo —, un beato y un mártir, que se ha ido directamente al paraíso, sin que lo reclame el purgatorio. En cuanto a la pregunta que me hiciste sobre las conjuraciones, debo decirte que he estudiado de nuevo a Santo Tomás y encontrado que hace una distinción. Si los tiranos son elegidos por el pueblo, no es lícito conspirar contra ellos; pero si por el contrario se imponen por la fuerza, conspirar es un mérito. No repitas, empero mis palabras a nadie, pues sino dirían : « estos frailes arreglan las cosas a la medida de sus simpatías » (1).

(1) *Recitazione del caso di Pietro Pablo Boscoli e di Agostino Capponi, scritta da Luca Della Robbia, en los archivos de Florencia, vol. I, págs. 283-309, cit. por Villari.*



EL ESCRITOR POLÍTICO

Para cumplir la sentencia de destierro fulminada contra él, Maquiavelo debió acogerse a su pobre villa de Sant'Andrea, en la comuna de San Casciano, a siete millas de Florencia. La excursión hacia ella que él tuvo que hacer en tan tristes circunstancias es para el viajero de hoy un motivo de esparcimiento y de solaz, aumentado aún por el encanto de la evocación de la memoria del grande hombre que pasó allí estrecheces y miserias, pero que escribió también en tal sitio las obras que lo han inmortalizado para siempre. Van quedando a un lado del camino los magníficos pinos seculares; a otro los característicos olivos verdigrises que completan la nota de color; y de tanto en tanto se dibujan los estirados cipreses, que allí no tienen el simbolismo funerario que les atribuye nuestra imaginación, y que son en efecto como se ha dicho con gracia, a manera de puntos de admiración ante el asombro que provoca la belleza del paisaje. Desde allí contempló muchas veces el desterrado a su Florencia, perdida en la lejanía, como una promesa inalcanzable. Desde allí soñó en los destinos de su patria, entreviendo la unidad de Italia; y

aportó materiales para la construcción de la grande obra que sólo verían los siglos posteriores. Desde aquella modesta « villetta » que conserva aún su nombre « l'Albergaccio », erigió un monumento perenne a su memoria al escribir *El príncipe*, los *Discorsi*, sus comedias y *El arte de la guerra*. Es muy conocida la carta a su amigo Francisco Vettori, embajador de Florencia en Roma, sobre su vida miserable de desterrado. Acompañado de sus hijos y de la fiel Marietta, su esposa, a quien quiso de veras no obstante algunas infidelidades equívocas, vivió una vida de reales privaciones que nadie podría pintar más a lo vivo que como lo hizo él mismo. En esa carta, de 10 de diciembre de 1513, dice :

« Después de mis últimas desventuras me he retirado a la « villa », y no he estado, uniéndolos a todos, ni veinte días en Florencia. He pasado el mes de septiembre cazando tordos, pero concluído el mes, este pasatiempo, tan mísero como es, me ha faltado también. Me levanto por la mañana con el sol y me voy a un bosque donde permanezco dos horas, inspeccionando las obras del día anterior y discurriendo con los labradores que siempre tienen alguna cuestión entre sí o con los vecinos. Cuando salgo del bosque voy a una fuente cuando no a cazar, con un libro bajo el

brazo, ya Dante, ya Petrarca, o uno de los poetas menores, como Tíbulo u Ovidio. Leo sus quejas apasionadas o sus amorosos transportes, recordando los míos, y me solazo un tiempo con estos pensamientos. Me dirijo después por el camino a la «ostería», hablo con los que pasan, pregunto a cada uno sobre los sucesos de su país, oigo cosas varias, y anoto la diversidad de los gustos y del espíritu de los hombres. Llega entre tanto la hora de almorzar, lo que hago con los míos comiendo lo poco que me proporciona esta pobre «villa» y mi escaso patrimonio. Después retorno a la «ostería». Allí están por lo común el «ostelero», un carnicero, un molinero y dos cableros con los que paso el resto del día jugando a las cartas o a los dados, de lo cual nacen mil disputas, y aunque las más de las veces no se juega sino por un «quattrino», se nos oye gritar sin embargo desde San Casciano». Y más adelante, después de burlarse de su propia desventura, agrega en una magnífica transición : «Llegada la noche me retiro a mi casa y entro en mi escritorio, despojado de mi traje de campesino lleno de fango y de lodo, me pongo vestiduras reales y curiales y revestido convenientemente, entro en las antiguas cortes de los antiguos varones, donde, recibido por ellos amorosamente, me nutro de ese alimento que sólo es mío y para

el que nací; donde no me avergüenzo de hablar con ellos y de pedirles razón de sus acciones, y ellos con alta humanidad me responden; y no siento durante cuatro horas molestia alguna; olvido todo afán, no temo la pobreza, y no me espanta la muerte. Y pues el Dante dice «*Che non fa scienza sensa ritener lo inteso*», he anotado en nuestras conversaciones todo aquello de que he hecho caudal y he compuesto un opúsculo, *De principatibus*, donde me adentro cuanto puedo en reflexiones sobre este asunto, discutiendo sobre lo que son los principados, de qué especie son, cómo se adquieren, cómo se mantienen, cómo se pierden. » Tal el origen de *El príncipe*, del que tanto y con tanta ignorancia se habla por lo general: ignorancia cuando no cálculo de que hacen gala muchos de los que han abominado de él y escrito en su contra sin excluir al mismo Federico el Grande, nada menos. *El príncipe*, como toda obra clásica provoca juicios más o menos ligeros de quienes nunca lo han leído o siguen servilmente la opinión consagrada. En cuanto a *El príncipe*, esa opinión la ha hecho en especial la hipocresía, que es sin duda una de las fortalezas sociales más inexpugnables. Maquiavelo es un escritor político realista, es decir, describe al Estado y a los hombres que lo forman tales como son. He aquí una frase

suya que define su criterio de escritor : « Prefiero decir la verdad como es, a cómo nos imaginamos que es »; y aludiendo a los teorizadores de la política, vale decir, a los que entregados a la fantasía construyen la ciudad ideal desde Platón hasta sus propios contemporáneos, dice : « Principados y repúblicas que nunca se vieron en la realidad, los han soñado muchos en su fantasía ». Y agrega después en un párrafo que provoca la honrada indignación de aquellos que creen ver en el mismo una apología de la fuerza, de la astucia, de la mala fe : « Es tan grande la diferencia que hay entre cómo vive uno a cómo debe vivir, que el que prefiera lo que debe hacerse a lo que se hace en realidad en la vida corriente, camina a su ruina antes que a su rehabilitación, y el hombre que quiera conducirse con honestidad en todos los casos fracasará necesariamente entre tanto bellaco ». Y agrega valientemente : « Así, pues, el príncipe debe ser bueno o malo según lo aconsejen las circunstancias. » Es ante todo extraordinariamente curioso que habiéndose propuesto Maquiavelo exponer con toda crudeza su pensamiento, sin valerse de atenuaciones ni de eufemismos, no haya sido comprendido por lo general. Si él hubiera conocido las interpretaciones a que se han prestado sus palabras, habría zaherido a sus detractores con

el punzón de su ironía si no hubiera optado por confundirlos con su desprecio. Siempre ha sido en todos los tiempos una manera eficaz de parecer honesto, el fulminar los vicios reales o aparentes de los demás. Por eso quizá el gran Federico con la colaboración de la pluma de M. de Voltaire intentó con su *Antimaquiavelo* presentarse a todo el mundo como un príncipe intachable. Su gobierno sirve para demostrar que sabía practicar todo lo que aparecía condenando. Y he aquí algo de lo que condenaba en *El príncipe*: «Maquiavelo — dijo — no ha comprendido la naturaleza del soberano, el cual debe preferir a todo la grandeza y la felicidad de su pueblo. En lugar de ser el amo absoluto de aquellos que están bajo su dominio, él es su primer servidor y debe ser el instrumento de su felicidad, como ellos son el instrumento de su gloria. ¿Qué valen las ideas de ambición personal y de despotismo? He aquí lo que derriba desde su fundamento el libro de *El príncipe* y cubre de vergüenza a Maquiavelo. Según él las acciones más injustas y más atroces son legítimas cuando tienen por fin el interés y la ambición. Los súbditos son esclavos cuya vida y cuya muerte dependen de la voluntad del soberano, como las ovejas de un rebaño, cuya leche y cuya lana se destinan al amo que aun puede hacerlas dego-

llar cuando ello le cae cómodo » (1). Tales frases, que parecerían el reflejo de un rapto de indignación no se basan en la verdad. Maquiavelo no ha dicho nunca lo que se le atribuye, y no lo ha sugerido sino a quienes no han querido entender o lo han juzgado con una ligereza culpable. Yerran los que consideran que para Maquiavelo el príncipe debe obrar con maldad, con falacia, con mala fe, cuando le interesa individualmente hacerlo. Podrían multiplicarse indefinidamente las citas de *El príncipe*, que demostrarían que la crueldad del soberano, o su mala fe sólo se justifica cuando se tiene en mira un bien superior para la mayoría del pueblo. Y es la verdad que esta expresión « pueblo », no la abandona nunca el autor de *El príncipe*. Dice así, por ejemplo : « Diría que se hace buen empleo de la maldad — si es que puede llamarse bueno a lo que es malo por su naturaleza intrínseca —, cuando se emplea por una sola vez con el objeto de afianzar y cimentar el dominio, y luego no se repite, procurando que la maldad que se haga se convierta en instrumento útil para el pueblo. » « Util para el pueblo », he ahí el concepto que repite constantemente el autor de *El príncipe*. No es Maquiavelo un inmoralista co-

(1) *Refutation du Prince de Machiavel*, cap. I, pág. 190 y sig.

mo se afirma tan gratuitamente, pues él no hace en momento alguno el elogio de la inmoralidad como lo reconoce, entre otros, el mismo Janet, en su *Historia de la ciencia política* (1), no obstante la violencia extraordinaria con que lo ataca. Tampoco exalta jamás a la tiranía aunque desarrolla la teoría de ella en sus diversas manifestaciones. Y si hubiera de apelarse a sus propias palabras para destruir la leyenda de su inmoralismo, léase esta frase, tomada al azar : « El príncipe debe ser amigo de la virtud, honrar a los que sobresalen en alguna profesión, alentar a sus vasallos para que ejerzan tranquilamente su misión respectiva, lo mismo en la agricultura que en el comercio o en las artes liberales para que no se abstengan de mejorar sus fincas por miedo a que otros se las quiten y que por miedo de los tributos, otros ciudadanos no quieran abrir nuevos cauces al comercio. »

Es evidente que la moral de nuestro tiempo podría volverse contra el pensamiento de aquel hombre que vivió, pensó y escribió en tan extraordinario ambiente político y social reflejándolo, pero nadie podrá negar la exactitud de reflexiones como estas : « Los hombres suelen ser ingratos, versátiles, dados a la ficción, esquivos al

(1) Janet, *Historia de la ciencia política*, I, 543.

peligro y muy amigos de las ganancias. Si les favoreces, se dicen absolutamente tuyos, y te ofrecen su sangre, sus bienes, sus hijos, y hasta su vida, cuando como ya he dicho no haya peligro alguno de que tales cosas puedan resentirse. Como peligren, se pondrán en frente de ti. El principio que descansa en la promesa de los hombres y no cuenta con otros medios que tales promesas, está perdido, porque el afecto que se compra y no se alcanza por nobleza de ánimo deja de existir cuando los contratiempos de la vida lo ponen a prueba. De modo que no puede contarse con él. Los hombres ofenden antes al que aman que al que temen, porque la amistad como es lazo moral, se rompe muchas veces por los malvados. En cambio, el temor hace que piensen en un castigo que tratarán de esquivar. » Maquiveló aconseja al príncipe no quedarse nunca con las haciendas de sus súbditos « porque los hombres podrán olvidar la muerte del padre, pero no la pérdida del patrimonio ». Y aunque tales afirmaciones estén envueltas en una gran amargura, más densa es la capa de verdad que las recubre. Y sin hacer ni mucho menos la apología de la残酷, he aquí esta frase ilevantable : « Escritores conozco de tan poco seso que admiran las hazañas de Aníbal al mismo tiempo que censuran su残酷, cuando hay que afirmar

que todo el valor del famoso general de Cartago se hubiera eclipsado sin su dureza de condición. »

Con harta razón ha dicho Maquiavelo en los *Discursos*, que él sabe bien que en este mundo no hay nada más peligroso que decir algo nuevo en el pueblo en que se vive y que quien se aventure a hacerlo será víctima de su pensamiento, porque la mayoría de la gente cree que los hombres son un juguete de Dios y de la ciega fortuna. « No niego—dice—que en parte eso deba ocurrir; pero la fortuna ciega y la voluntad del Ser Supremo gravitan sobre los hombres como un torrente desbordado que lleva un caudal inmenso, y cuya corriente arrastra cuanto se pone a su paso. Mas el desborde pasa, y una vez que ha pasado, el hombre se dedica a evitar las nuevas calamidades que puede traer un nuevo desborde, y pone vallas a la invasión del torrente. Del mismo modo debe hacerse con esta voluntad y con este designio. Si se los deja ambular, es probable que sean como el torrente; pero es deber del hombre poner vallas a este desborde y gobernar su voluntad para el mejor servicio de sí mismo. » Con este criterio encara Maquiavelo el problema de la predeterminación, y agrega : « cuando haya un interés superior, el hombre de gobierno debe seguir ciegamente ese interés superior, o en

otros términos, debe seguir el partido que salve la vida y mantenga la libertad ».

Adviértase qué lejos está Maquiavelo de ser un apologista de la dictadura y de la monarquía absoluta, cuando señala como objetivo cardinal del gobierno el mantenimiento de la libertad. Su pensamiento es esencialmente democrático. Y si se objetara que él no hace tampoco el elogio absoluto de la democracia y que por el contrario señala sus defectos, véase con qué alcance lo hace. Toma como ejemplo el gobierno de Roma y dice : la república en Roma puso frente al gobierno de los cónsules al senado, pero el pueblo que no se sentía representado en el senado fué un motivo constante y permanente de peligro público, de conjuraciones y de movimientos sediciosos contra la autoridad establecida y agrega Maquiavelo que a estas disidencias entre el pueblo y el senado debe Roma sus libertades republicanas. Si no hubiera estado el pueblo alerta, con el pensamiento despierto, y con su ansia de libertad, si no hubiera obtenido finalmente la creación de los tribunos del pueblo para ejercer el control de los actos del senado, la república no habría sido una verdad ni la democracia habría surgido.

CONCLUSIÓN

El principe fué dedicado por Maquiavelo a Lorenzo de Médicis, duque de Urbino, hijo de Pedro y nieto de Lorenzo el Magnífico. En su tiempo, y después de su tiempo, se ha censurado a Maquiavelo que habiendo sido un servidor de la república tratara de ganar la voluntad de los Médicis, reaccionando contra sus propias convicciones. Maquiavelo es el primer escritor de ciencia política que haya señalado la oposición entre monarquía y república. De manera que sabía mejor que nadie lo que había de substancial en tal antinomia. Pero fundada su obra en la historia, su análisis de los hechos lo llevó al conocimiento de que no existe una forma ideal de gobierno. Los pueblos se organizan empíricamente sin responder a preceptos predeterminados y solamente según las necesidades de cada día y la idiosincrasia colectiva. El jefe único y absoluto fué impuesto originariamente por la necesidad de dar unidad y vigor a la defensa común. En César Borja, tan uniformemente vilipendiado, él vió al espíritu fuerte que realizaba una campaña de unificación política en beneficio de la

iglesia. Julio II, sucesor del padre de César en el trono pontificio, entendió a su vez que aquél sólo había perseguido su engrandecimiento personal y trató sin éxito de aumentar el poder temporal de la iglesia durante su pontificado degradando a César. Mientras tales hechos ocurrían, y el cuadro se completaba con el triunfo de los Médicis, Maquiavelo vió, el primero entre los primeros, la posibilidad de que Florencia encabezara ese movimiento de unificación política, no para el engrandecimiento del poder papal sino para constituir la unidad italiana. Es por ello, el precursor de esa unidad que proclamó vibrantemente en *El príncipe*. La posteridad así lo reconoció por fin y al cumplirse el cuarto centenario de su nacimiento, el 3 de mayo de 1869, quedó fijada en aquella casa de sus mayores situada al otro lado del Arno, en la actual vía Guicciardini, N° 16, esta inscripción justiciera : « A Nicolás Maquiavelo ; de la unidad italiana precursor audaz y profético ; y de los ejércitos propios y no mercenarios, fundador y maestro. La Italia una y en armas. » Y pocos meses después el pensamiento patriótico de Maquiavelo se realizaba totalmente, para gloria eterna de su nombre.

La historia nos enseña que la unidad de las naciones sólo la hicieron los gobiernos absolutos.

Lograda esa unidad, los pueblos pudieron después gobernarse libremente por sí mismos. Por eso Maquiavelo admitió la necesidad transitoria de un principado para fundar ante todo el Estado independiente. Y así lo dijo con rara claridad en *El príncipe*, a pesar de lo cual no todos han entendido o querido entender sus palabras. En el capítulo final, titulado *Exortación para librar a Italia de los bárbaros*, está expresado en forma inequívoca ese pensamiento. Júzguese : « No dejemos escapar la ocasión presente. Que Italia, después de tan larga espera, vea en fin, aparecer a su libertador. ¡No puedo encontrar las palabras para expresar con qué amor, con qué sed de venganza, con qué fidelidad inquebrantable, con qué veneración y con qué lágrimas de alegría sería recibido un ejército nacional en todas las provincias que han sufrido estas inundaciones de extranjeros! ¿Qué puertas quedarían cerradas ante él? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia se opondría a sus triunfos? ¿Qué italiano le negaría su respeto? ¿Hay alguien a quien la dominación de los bárbaros no haga estremecer el corazón? »

Resumiendo : Maquiavelo, como escritor político es el fundador de la ciencia política basada en la historia y en la experiencia de los pueblos. En este sentido lo esencial de su pensamiento es-

tá contenido en los *Discorsi*, donde razona sobre el modo de que el pueblo alcance la libertad y se gobierne por ella; en *El príncipe* discurre sobre los medios de fundar una monarquía nueva y absoluta para obtener la independencia y la unidad de la patria; y en *El arte de la guerra* expone cómo se debe armar al pueblo para defender la libertad y la independencia del estado, ya sea éste una república o una monarquía (1).

La historia le demostró al sagaz Maquiavelo que el estado se rige por principios propios, ajenos a lo moral o a lo inmoral: que el estado para ser soberano ha de ser independiente, y esa independencia no cabe si aquél ha de depender de las reglas morales que le dicte la iglesia. Al emancipar al estado de la iglesia, Maquiavelo fundó así la ciencia política en la historia y en la naturaleza intrínseca de las cosas. «El Dios de Dante es el Amor, fuerza de fusión de la inteligencia y la acción: el resultado es sabiduría. El Dios de Maquiavelo es el intelecto, la inteligencia es la regla de la fuerza mundial; el resultado es ciencia. Es necesario amar, dice Dante. Es necesario comprender, dice Maquiavelo. El alma del mundo dantesco, es el corazón; el alma del mundo maquiavélico es el cerebro. Aquel

(1) Villari, *op. cit.*, II, 306-315.

mando es esencialmente místico y ético; éste es esencialmente humano y lógico » (1). Como autor de la « Historia de Florencia », Maquiavelo es también un fundador. Con él nació la historia política y civil. Abandona la crónica, e intenta con éxito trazar el cuadro general de los hechos que dieron carácter a la Edad Media. Como autor de « La mandragora » comedia licenciosa que según una tradición no comprobada habría sido representada en los « *Orti oricellari* » de Florencia ante León X, dice de él Macaulay « que es superior a las mejores comedias de Goldoni y sólo inferior a las mejores de Moliere » (2).

Tal el gran espíritu que bajó a la tumba hace cuatro siglos. Conquistó la inmortalidad Maquiavelo por sus servicios a su país, por su visión superior de los hechos de la historia, por haber fundado sobre nuevas bases la ciencia de la política, por ser el autor de una modificación profunda en el estudio de los hechos del pasado. Redujo a los límites necesarios los sucesos de carácter guerrero, y se aplicó a destacar el significado histórico de los fenómenos sociales y políticos. Por todo ello es inmortal.

¿Para qué decir que, como toda criatura humana, no estuvo exento de desmayos y de flaques-

(1) De Sanctis, *op. cit.*, II, 156.

(2) Lord Macaulay, *op. cit.*, 110.

zas? Pero poner a éstas por arriba de sus méritos es propio de fariseos. Ya dijo él cuando trataba de que se le reconociera el derecho de colaborar en cualquier esfera en el engrandecimiento de Florencia: « Durante los quince años que me he dedicado al estudio del arte del Estado ni me he dormido ni me he abandonado, y todos deberían desear servirse de quien está así lleno de experiencia. Y de mi fidelidad no se debe dudar, porque habiéndola siempre guardado, no voy ahora a aprender a romperla, pues quien ha sido fiel y bueno durante cuarenta y tres años que tengo, no ha de poder cambiar de naturaleza », y termina con estas palabras que fuera un pecado traducir: « *E della fede e bontà mia ne è testimonio la povertà mia* » (1).

Murió a los 58 años de edad y después de haber alcanzado una nueva pero fugaz actuación pública, en momentos en que Florencia era presa de nuevas convulsiones. Se llevó a la tumba esa y otras amarguras. No se conoce el día exacto de la muerte aunque consta que fué sepultado en el templo de Santa Croce, el 22 de junio de 1527, día en que habría ocurrido su fallecimiento, según una carta de su hijo cuya autenticidad es dudosa (2). Lo probable es que falleciera el

(1) Machiavelli, *Operc.*

(2) Tomassini, *Machiavelli*, II, 902.

día anterior. Sus cenizas están junto a las de Miguel Angel, y en el mismo recinto sagrado que contiene los restos de Alfieri y de Galileo. Al contemplar aquellos monumentos funerarios, elevados a tales seres privilegiados, en días no lejanos de divagación artística, afluían a la mente de un viajero peregrino los versos de Lord Byron vertidos así a nuestra lengua :

En el sacro interior de Santa Croce
Hay cenizas que lo hacen más sagrado,
Que sólo por ser polvo del pasado
Son expresión de la inmortalidad.
De genios ya en el caos son partículas :
Yacen con Galileo en este suelo
Miguel Angel, Alfieri, Maquiavelo,
Que de la tierra han vuelto a la unidad.

MARIANO DE VEDIA Y MITRE.